

VERTIENTE NORTE DEL VIGNEMALE

POR ELI OJANGUREN

A Julián Egaña, excelente compañero de cordada y amigo, con quien he vivido las más intensas jornadas de mi vida montañera.

EN EL VALLE DE ARA

Desde su comienzo en el Puente de los Navarros hasta su final al pie de la cresta de Chabarrou, el valle de Ara presenta diversos aspectos aunque vulgarmente se le divide en dos, conocidos como parte inferior y superior.

Mucho antes de llegar al estrecho cañón, el río Ara nos saluda dándonos la bienvenida con el rumor estruendoso de sus espumosas aguas que se debaten entre los grandes peñascos que forman su lecho. Comenzando en el Puente, el camino y el río se abren paso encerrados entre las altas paredes de cuyo borde superior saltan numerosas cascadas que van a engrosar el impulsivo y ya caudaloso río.

Pasado Bujaruelo se abre un espacioso valle que termina en una estrecha garganta donde se gana altura rápidamente en dura y continuada pendiente entre un espeso bosque de hayas, encinas y pinos. Casi bruscamente desaparece el arbolado dejando paso a los pastizales que caracterizan a la parte superior del valle. El sendero, siempre en plan ascendente y con desniveles más o menos pronunciados, transcurre por un terreno ondulado por la derecha del río hasta la confluencia del Batanes con el Ara. Pasado este punto, un poco más arriba, cambia de orilla pasando junto a una cabaña y esfumándose poco a poco a medida que el valle va terminando.

Hasta el comienzo de los pastizales el recorrido es entretenido e interesante, una vez en ellos se hace más bien largo y monótono.

* * *

Llevábamos ya varias horas caminando teniendo a nuestra izquierda las rápidas pendientes del Vignemale que, los dorados rayos del sol ya en su ocaso

lamían las partes superiores del mismo, coloreándolas con un tono rojizo que contrastaba sobremedida con las negras sombras que proyectaban los resaltes de la montaña que destacaban con gran relieve.

Así como el día tocaba a su fin, dimos también por terminada nuestra jornada. Un poco más abajo de la confluencia del Batanes con el Ara, instalamos nuestro minúsculo camping comenzando seguido a disponer nuestra cena al tiempo que la obscuridad iba inundando el valle.

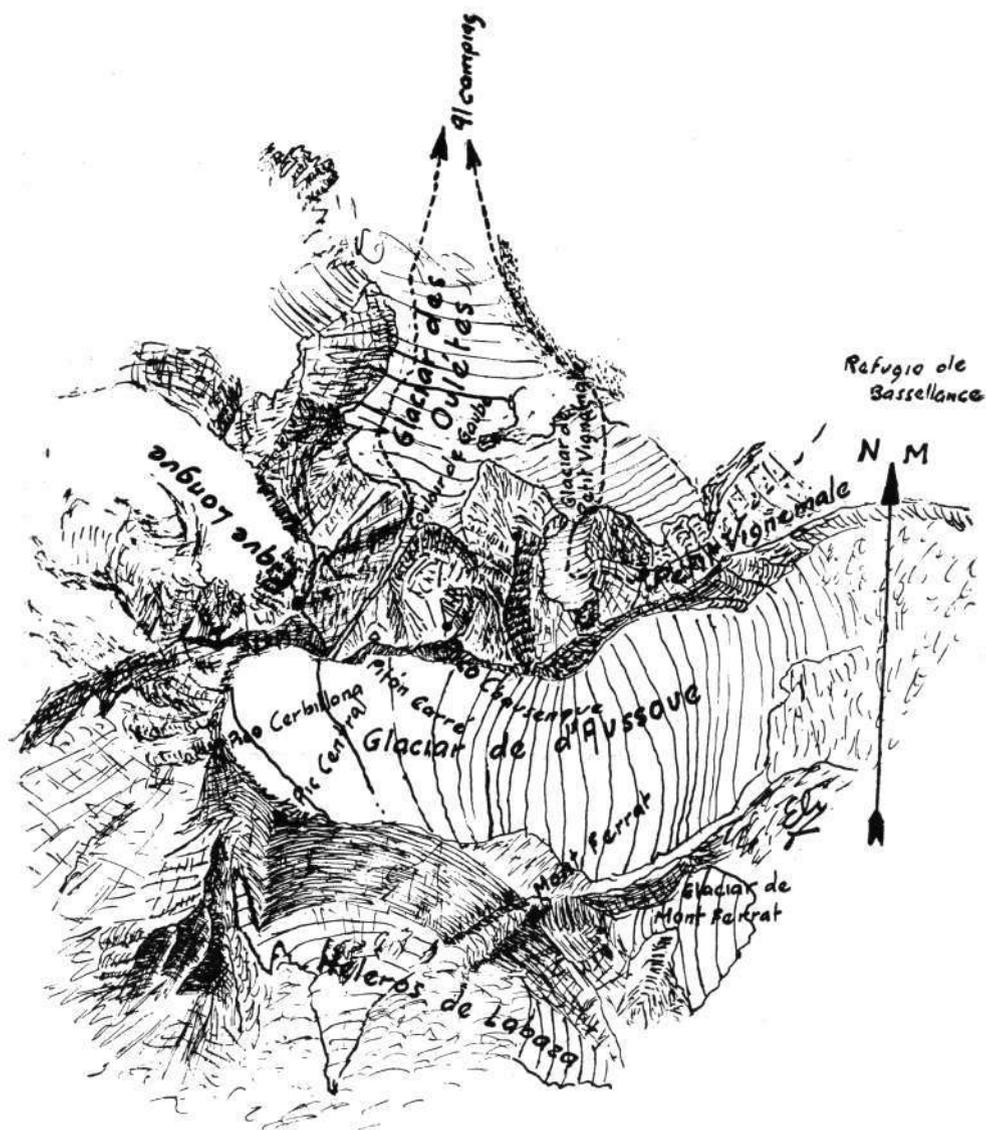
CAMINO DE LAS OULETES

El nuevo día amanece plétorico de sol. Recogida la tienda y dispuestas las mochilas iniciamos lentamente la caminata. En vez de atravesar el río, seguimos largo rato por el lecho del mismo, remontando luego a la izquierda a unos prados de húmeda hierba. Estamos rodeados de montañas en la parte final del valle. Por la izquierda y comenzando en el collado Letrero, tenemos el pico de Las Neveras, el Grad Pique D'Arratille y el pique Alphonse Meillon, enfrente la cresta de Chabarrou y a la derecha el Collado Mulets y el pico de las Oulettes seguido del Collado del mismo nombre.

Delante, unos veinte o treinta metros, va mi compañero que avanza con segura y rítmica zancada. De la parte derecha baja un rebaño de ovejas con el tintineo alegre de sus esquilas. En un santiamén rodean a Egaña a quien le acosan persiguiendo durante algún trecho a pesar de que éste se defiende corriendo y dando gritos y patadas y haciendo grotescos aspavientos que me hacen pasar un rato divertido. Poco dura mi alegría, las ovejas se percatan de mi presencia y en vista de que de mi compañero no sacan nada se vuelven contra mí y entre las chanzas y burlas de mi compañero, soy yo ahora quien se las ve y desea para desembarazarse de ellas.

En una media hora escasa de subida por la pedriza, alcanzamos el Collado Mulets. Tras un breve descanso bajamos por la vertiente opuesta y aprovechando pedrizas y neveros llegamos rápidamente al valle de las Oulettes de Vignemale.

El torrente que baja de los glaciares corre disperso en numerosos brazos que obligan a pasarlos a saltos con el consiguiente riesgo del remojón. Tenemos toda la tarde por delante por lo que decidimos hacer un reconocimiento. Así, poco a poco, vamos acercándonos al Vignemale. Trasponemos grandes bloques de piedra donde al resguardo de alguno que otro hay preparados lugares para vivaquear. Llegamos al Glaciar de las Oulettes, sito al pie mismo de la cara Norte del Vignemale. Remontamos el mismo por su parte derecha que no presenta pendientes muy acusadas, pasamos por una zona de hielo un tanto agrietada y con pequeños seracs que no dan sensación de peligro, no obstante tratarse del lugar de mayor inclinación, le sigue un trecho de superficie muy lisa sin ringuna grieta y de poca pendiente que a medida que vamos avanzando se acentúa progresivamente. Estudiamos detenidamente la pared que (D. m.), vamos a intentar escalar mañana. Hacia la izquierda el Glaciar aumenta considerablemente su desnivel, estando cortado de parte a parte unos treinta o cuarenta metros más arriba por una pavorosa rimaya. Es el comienzo del Couloir de Gaube, de donde en estos momentos bajan rodando a gran velocidad unas



piedras que es el motivo por el que dirigimos hacia allí nuestras miradas. Satisfechos por las observaciones realizadas, damos media vuelta para regresar al camping.

AL PETIT VIGNEMALE

A las cuatro de la madrugada me despierta mi compañero. Fuera está lloviendo y una espesa niebla cubre todo, estamos furiosos. Es desesperante. Este año andamos con verdadera mala suerte. Nuevamente nos acostamos. A las seis

sigue lloviendo y al parecer con más intensidad que antes, desistimos definitivamente y rebosando rabia por todos los poros volvemos a dormir.

Nos levantamos a las nueve. Ha cesado de llover más la niebla sigue siendo oscura y espesa. Ahora lo tomamos con más filosofía y como el estómago no perdona preparamos un suculento desayuno y luego... fumar y lamentarnos y vuelta a fumar y a seguir lamentando. Poco a poco va despejando y paulatinamente van apareciendo el glaciar luego los paredones hasta que queda al descubierto todo el macizo del Vignemale. Son casi las doce, es muy tarde para emprender la escalada de la Norte de la Pique Longue, es una pena. ¿Una pena? ¿Por qué no intentamos los seracs del Petit Vignemale? Dicho y hecho, en un momento preparamos la mochila y con los piolets y crampones en ristre nos ponemos en movimiento.

Pasados los grandes bloques subimos directos por las pedrizas hacia el Glaciar. Llegados a la nieve nos colocamos los crampones sin esperar a llegar a los seracs. Después de salvar una grieta nos enfrentamos con el hielo.

—¡Hum...! Esto no es tan fácil como parecía de abajo.

Una pared lisa de hielo azulado y casi vertical nos corta el paso. Tallando escalones para pies y manos vamos ganando terreno hacia la derecha. Una clavija de hielo que penetra hasta la anilla, asegura la maniobra y pronto vencemos este obstáculo. Seguidamente una serie de seracs, grietas y unas placas de hielo obligan a un trabajo intenso de piolet quedando a la izquierda unas oscuras y profundas grietas. La última placa nos obliga a un esfuerzo grande, las manos resbalan en la pulimentada superficie y los pies en posición forzada no permite emplear los crampones con toda su eficacia. Ganada la parte superior de esta placa avanzamos en equilibrio por su estrecha y peligrosa en extremo parte cimera, teniendo a un lado la oscura boca sin fondo de una grieta, hasta encontrar un punto favorable para abandonar esta placa. Dominada ya la parte helada de los seracs nos enfrentamos con una rampa de nieve dura de gran inclinación, avanzando los dos a la vez para ganar tiempo. Después de unos sesenta u ochenta mts. la pendiente se acentúa de forma alarmante. Se detiene mi compañero y clavando el piolet hasta el mango se asegura mientras voy superando una giba semihelada. Una vez arriba tropiezo con una amplia grieta. Encuentro una posición favorable para asegurar a mi compañero a quien veo avanzar hacia mí con impecable estilo de cramponista consumado.

En vista de que lo poco que queda de glaciar después de la grieta no tiene interés alguno, decidimos bordearla hasta donde termina formando una rimaya con la pared que desciende del Petit Vignemale. De un salto salvamos la rimaya colocándonos en una repisa. Después de un largo de cuerda alcanzo una terraza. Al mismo tiempo que mi compañero escala este trecho, veo subir del valle un frente de niebla que al poco nos envuelve empezando seguidamente a llover.

Un techo de roca lisa y resbaladiza nos obliga a colocar una clavija. Venciendo dificultades variables de un segundo y tercer grado, subimos hacia la cumbre en una galopada intensa trepando los dos al mismo tiempo, deteniéndonos para tomar respiración en alguna que otra terraza que encontramos a nuestro paso. Antes de llegar a la cima cesa de llover dejando paso a un fuerte viento que a medida que nos aproximamos a la cumbre se deja sentir más.

PYRENAICA

Estamos ya en la cumbre del Petit Vignemale. Junto a la antena nos desencordamos mientras el viento nos castiga con violencia haciéndonos tiritar de pies a cabeza. Recogido el material bajamos presurosos a una tienda de campaña que hay unos metros más abajo, en cuyo interior hay diversos aparatos y tres franceses que han subido de Basellance que nos miran boquiabiertos. Es que nuestro aspecto en este momento no es muy recomendable, más que de escalar parece que venimos de atravesar un Ibón a nado. Después de comer y fumar un cigarro cuyo humo se entremezcla con el vapor que expiden nuestros cuerpos, nos despedimos de ellos e iniciamos el regreso bajando al Refugio, pasamos luego por la horcada d'Ausoue y atajamos el camino descendiendo directamente por las pedrizas envueltos en una espesa niebla. Esta corre por girones empujada por la fuerza del viento dejando entrever negros nubarrones que no presagian nada bueno. Mientras nos mudamos algo de ropa unos pálidos rayos solares rasgan las nubes haciendo brillar burlonamente las húmedas rocas de la enhiesta cumbre de la Pique Longue.

EN EL NORTE DE LA PIQUE LONGUE

Nos despertamos cuando aún la noche es dueña de los Pirineos. Una quietud impresionante domina el ambiente. A nuestros oídos llega el rumor característico producido por el torrente que imperturbable sigue su curso. Un rumor que desde que penetramos en el cañón, allá, en el puente de los Navarros es el compañero invisible e inseparable de nuestra excursión sin abandonarnos ninguna vez en nuestra travesía. Un rumor que cuando subíamos hacia el collado se oía muy lejano dando la sensación que nos dejaba definitivamente y que cuando llegamos a él fué sustituido con creces por el producido por el torrente del valle de las Oulettes, y que es el mismo que ahora escuchamos. Un rumor en fin que, por las noches arrulla nuestro sueño y por las mañanas al despertar es el primero que saluda nuestros oídos al igual que hoy y que en medio de esta quietud destaca sobremanera.

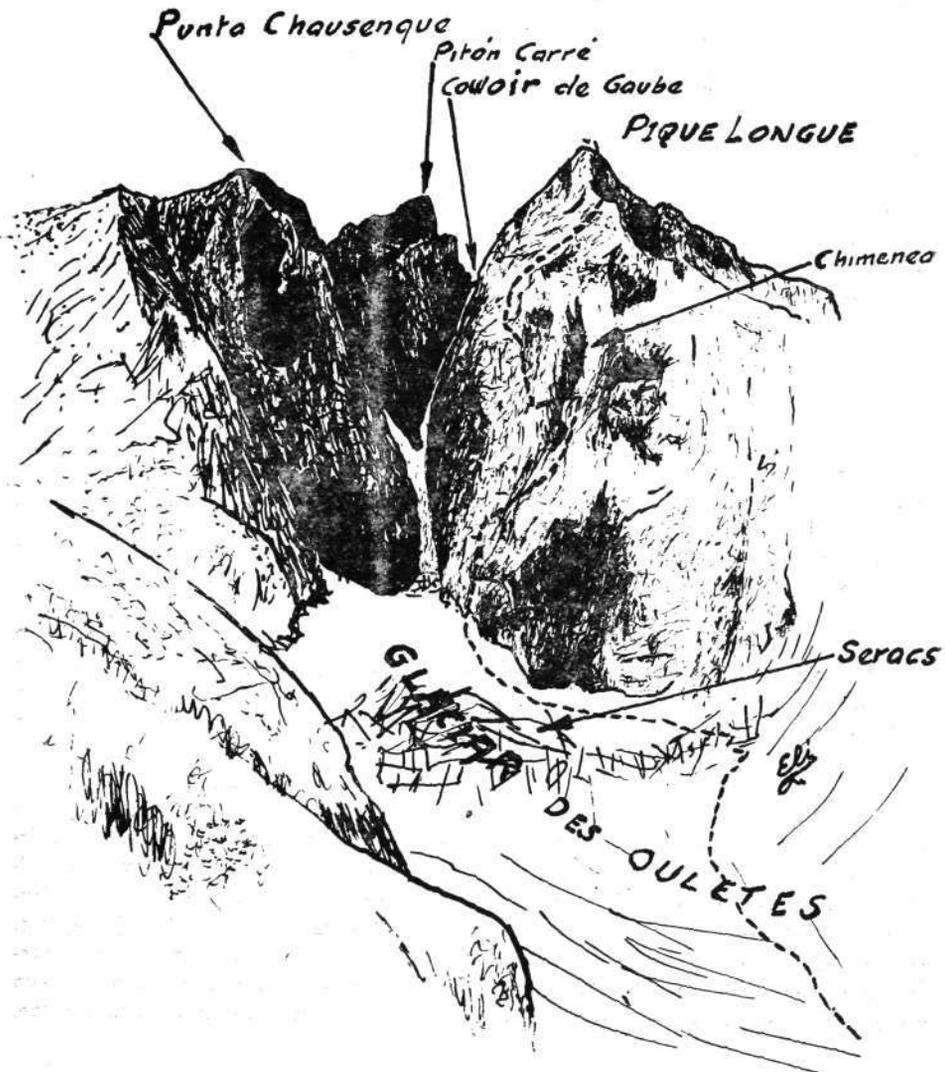
Nos levantamos con rapidez. Llenos de ilusión salimos fuera..., fuera la niebla sigue siendo espesa. Con el consiguiente desengaño y con gran desplique de términos verbales que mejor son ignorarlos en estos momentos, volvemos a nuestros aún calientes sacos.

Son más de las siete cuando sale mi compañero y a grito limpio me hace salir a mí. La niebla ha desaparecido por completo y tenemos delante el majestuoso Vignemale limpio de nubes. Inmediatamente organizamos un «folklore» de material y a eso de las ocho nos ponemos en marcha hacia el glaciar. Remontamos éste por el camino que ya conocemos colocándonos en el punto de ataque de la cara norte. Una rimaya insalvable nos corta el paso en el punto preciso donde comienza la escalada. Bajando unos diez o doce metros, salvo la rimaya asegurado por mi compañero y ataco la pared subiendo una canal escalonada y algo descompuesta. A unos treinta y cinco metros hacemos la primera reunión y unos quince más arriba la segunda entrando ya en la vía normal, sigue un diedro de unos cuarenta metros de una dificultad de grado superior constante que lo solucionamos con tres clavijas de seguro. Ahora seguimos una veta de roca verdosa inclinada hacia la izquierda. En una

PYRENAICA

serie de largos de cuerda vamos tomando considerable altura. Para no desviarnos demasiado tomamos a la izquierda por unas placas lisas con escasos agarres y puntos de apoyo donde el dominio y el equilibrio juegan en posiciones inverosímiles con un vacío de más de doscientos metros, teniendo como fondo el blanco y agrietado glaciar.

Las manos tantean la lisa pared con unas rugosidades mínimas en la que escasamente encuentran apoyo las puntas de los dedos. La superación se hace emocionante y difícil, tres..., cinco..., ocho..., metro a metro se va dominando la placa. Los pies resbalan, la pared parece escaparse en un vacío impresionante. La situación es crítica, un metro más, ¡ay! Un pequeño pero acusado desplome corta el paso hacia arriba, un desplome inoportuno e inapreciable



de abajo. Los dedos se agarrotan en un esfuerzo tremendo, los brazos acusan el mismo y los pies convulsionan fallando peligrosamente. El compañero se ha percatado de lo difícil del momento y con mirada fija sigue las evoluciones del primero animando con sus palabras. A la derecha todo es liso, a la izquierda... Los dedos no aguantan más, hay que arriesgarse. Con un movimiento cambio de postura y de entre una oculta grieta, aparece la roñosa cabeza de una clavija de la que inmediatamente y con movimientos arriesgados y bruscos coloco un mosquetón por el que antes ya había pasado la cuerda.

Sin necesidad de aviso el compañero tensa fuertemente, a quien agradezco con un gesto la rápida maniobra, al tiempo que me dejo colgar para descansar un momento. El sudor brota con profusión por todas partes en tanto se relajan los músculos. Poco después prosigo la escalada. Con una clavija salvo un saliente a la izquierda y con otra más, colocada por encima de una laja domino la parte difícil a quien siguen unos diez metros de roca firme y con buenos agarres que conducen a una amplia terraza.

A pesar de haber tomado a la izquierda, en los siguientes largos de cuerda vamos acercándonos a la chimenea de los austriacos.

—¡No entréis en la chimenea de los austriacos!, nos habían recomendado.

Llevábamos largo rato discutiendo la conveniencia de ir por más a la izquierda o no, sin ponernos de acuerdo. Cuanto más discutíamos, más íbamos metiéndonos y así en un par de largos más nos encontramos dentro del embudo inicial de la Chimenea, y aún subimos unos metros más. Por fin decidimos salir a la izquierda en el lugar en que el espolón presenta una parte descompuesta formando una pequeña terraza. Por una serie de rocas descompuestas peligrosas en extremo efectuamos una horizontal a ella. Poco antes de llegar la cuerda se atasca. Tirones por aquí, ondas por allá, no dan resultado. Más tirones y ondas, nada. La cuerda sigue atascada. Estamos perdiendo mucho tiempo. Finalmente el primero retrocede hasta donde la cuerda está metida en un intersticio, entre dos bloques que la aprisionan. Una vez libre la cuerda, terminamos la travesía.

Ahora nos damos cuenta de nuestro error. Unos cien metros más abajo, después de aquellas placas que habíamos dominado, debíamos haber seguido a la izquierda dejando la veta de roca verdosa que engañosamente más fácil nos había conducido al embudo inicial de la temida chimenea.

Con medio largo de cuerda rodeamos el espolón y con un largo más en horizontal descendente, alcanzamos una amplia terraza. Estamos nuevamente en la vía clásica. Por entre los intersticios de la roca corre un hilillo de agua. Tenemos sed y hambre, Son las seis de la tarde y todavía nos faltan unos trescientos metros a la cumbre. Esperando que sean más fáciles nos sentamos lo más cómodamente a comer.

Tenemos dos vías a elegir: la normal, todo directo para arriba justamente por la izquierda del espolón, y la conocida como variante que, hacia la izquierda, rodea otro espolón más pequeño. Esta parece más fácil y, naturalmente, optamos por ésta. ¡No está el horno para bollos! Por un terreno descompuesto, que en uno de los largos nos obliga a colocar un pitón de seguro, vamos acercándonos al segundo espolón. Estamos ya a unos veinticinco metros por debajo de él. La escalada de este trecho representa un verdadero «suspense» por lo insegura. Ni las manos ni los pies encuentran un punto firme.

las piedras se desprenden con gran estruendo que espantan a un bando de negras grajas que elevan vuelo lanzando sus desagradables graznidos.

La pared va tomando una verticalidad alarmante. Intento colocar una clavija, después de mucho martillar saco ésta con la mano, sucediéndome lo mismo con una segunda. En vista del fracaso continúo escalando hasta alcanzar la plataforma que se encuentra debajo del desplome base del espolón. Seguidamente en una travesía por terreno malo y sumamente aéreo ladeamos éste y nos reunimos en una terraza, en una de las numerosas terrazas que se encuentran en esta gigantesca pared.

Son las ocho y la noche se nos echa encima y aún nos faltan unos doscientos metros. Por un terreno fácil y todo a la derecha vamos avanzando los dos al mismo tiempo. Rebasada la parte superior del espolón, entramos en la zona final de roca rojiza. a las ocho y cuarenta y cinco nos situamos en la parte superior de la chimenea de los austriacos cuyo aspecto desde este punto es verdaderamente impresionante. La noche nos va envolviendo a pasos agigantados haciendo difícil la escalada.

Siempre a la derecha seguimos progresando en dirección a la arista central. Ya en ella nuestras oscuras siluetas recortan el cielo. Hacia el W. un dorado mar de nubes nos ofrece un espectáculo maravilloso que nos entretiene unos minutos. Los primeros metros de arista de roca firme que se nos interponen, los subimos directamente a la bavaresa y en dos largos más, medio trepando, medio andando llegamos, ¡por fin!, a la cumbre de la Pique Longue a las 21 h. 20 m., después de doce intensas horas de escalada que es el tiempo que nos ha llevado la superación de estos ochocientos metros de pared.

Después del abrazo nos desencordamos y buscamos el libro registro de la cumbre sin encontrarlo. Finalmente rellenamos una tarjeta del Club, depositándola entre las piedras de la cumbre.

NOCHE EN LA CUMBRE

Estamos contentos, mejor dicho emocionados. La realización de esta escalada ha colmado nuestro ánimo compensando con creces de la amargura de los días perdidos.

En la cumbre de la Pique Longue, una de las montañas más hermosas del Pirineo, a 3.293 metros de altitud, nos aprestamos al vivac. Hacia Occidente las nubes antes rosadas se han oscurecido. Por el Oriente, allá lejos, por entre las montañas, comienza a elevarse despacio la luna hacia un firmamento jalonado de estrellas. Por el Norte..., por el Norte unas ráfagas de viento frío nos obligan a levantar el campo. Recogemos la mochila y bajamos hacia el Glaciar d'Ausoue encontrándonos con la gruta Rusell cuyo emplazamiento conocía de años antes.

Poco a poco los ojos se van acostumbrando a la oscuridad de la gruta donde encontramos acomodo entre unas piedras y maderas colocadas a tal efecto y liquidamos las últimas provisiones y la poca agua que nos quedaba. Fuera, la Naturaleza nos tiene reservado un espectáculo maravilloso, que contemplamos extasiados cuando salimos a fumar un cigarrillo. La luna impera sobre el firmamento, sus plateados haces se reflejan sobre el inmenso glaciar

que desciende hacia la morrena en perfecta curvatura fundiéndose antes de llegar a ella en un blanquecino y algodonoso mar de nubes que se extiende por todos los Pirineos.

Noche sublime, maravillosa... en principio. Larga, muy larga después. Las ráfagas de viento no permiten estar fuera mucho tiempo y el suelo de la gruta está muy húmedo para tumbarse a dormir un poco. Para hacer tiempo cantamos y cantamos a todo pulmón y saltamos para conservar el calor pero la noche resulta más larga que todo nuestro repertorio de canciones.

Son las cinco cuando parece que empieza a clarear. Salgo de la gruta y subo de nuevo a la cumbre a encontrar el libro registro, buscando en vano. De nuevo en la gruta recogemos las cosas y descendemos al glaciar. Colocando los crampones caminamos lentamente, el cuerpo acusa el esfuerzo de ayer y la noche en claro.

No sé porqué pero vamos encordados, quizás por costumbre, quizás por que recuerdo que hace tiempo me dijeron que en este glaciar había grietas peligrosas. Nosotros no las vimos, mejor dicho, hacia el final en la parte helada, dejamos a un lado dos o tres pero bien definidas y fáciles de esquivar.

En las rocas al pie del glaciar divisamos un grupo numeroso de montañeros y dirigimos hacia allí nuestros pasos reuniéndonos con ellos. Son franceses que han venido a pasar el fin de semana al Vignemale. Egaña se entiende perfectamente con ellos, que se muestran extrañadísimos de vernos regresar tan temprano. Pedimos un cigarrillo que ellos se apresuran a darnos. Poco después despidiéndose de nosotros les vemos alejarse remontando el glaciar en fila india. Medio tumbados fumamos con fruición. Vemos el sol elevarse en el horizonte tiñendo de púrpura las montañas. Por entre las rocas debajo del glaciar se desliza una corriente de agua fría, emitiendo un tenue murmullo que alegra nuestros oídos...